El secreto de mi heredad

Fernando Franulic Depix

Todo este acontecer me ha pasado escribiendo tragedias y comedias en un idioma desconocido, en una lengua inventada por mí hace años cuando mi madre estaba viva; ningún hombre la ha podido entender: ya sean los sabios que aconsejan a los reyes sobre asuntos graves, ya sean los juristas que plantean los preceptos y las normas de la comunidad, como también los gramáticos de los monasterios que poseen amplias bibliotecas para su instrucción. La llamé *la lengua prístina*: a causa de su simpleza clara de la mañana, de sus configuraciones fraguadas al alba, este lenguaje es llaneza y fulgor, no obstante, su gramática reposa en lenguas muertas. Generalmente, la hablo y la escribo al despunte del sol, al crepúsculo, con las mil maravillas que promete cada jornada. Ningún pensador del Imperio y de la Iglesia captaría que de unas bases tan sencillas, tan elementales, tan discretas, podría surgir una lengua que nadie de los poderosos lograría descifrar.

Cuando era pequeña mi madre, la gran duquesa de Aquitania, halló un buen instructor para mi enseñanza, una educación fuera de lo habitual para una mujer, incluso siendo miembro de la nobleza. Fray Aurelio de la Orden Seráfica me entregó un acervo de conocimiento bastante amplio: el latín y el francés, aparte de aritmética, retórica, historia clásica e historia sagrada. Para mí eran un agrado las lecciones del saber. Sentía como se matizaba la tinta a la pálida luz de la ventana y oía como la pluma surcaba el pergamino con un sonido suave y áspero. En mi habitación, guardaba mis papeles bajo llave. En ellos hacía declaraciones de amor a mi prima: utilizaba frases en francés, propias de una trovadora. Mi prima Isabel siempre me produjo una seducción, sus ojos verdes como el lago que rodeaba el castillo donde convivía con multitud de doncellas, mas Isabel era única para mi corazón por su sensibilidad tan marcada y sutil, lo cual era notorio con sus dotes para el canto polifónico y para el dibujo colorido, a la manera de un ilustrador monacal. En cambio, yo ofrecía, desde mi imaginario amoroso, bellas palabras: coplas y sonetos que debía esconder. El sueño bajo la razón. El amor bajo la ley.

La duquesa, mi madre viuda, era la titular del feudo en su condición de viuda, nunca dio a luz a herederos varones para suerte de ella, pues quería que yo fuera la próxima continuadora de la estirpe de mujeres poderosas del ducado. Y el tiempo pasó, pasó implacablemente. Nunca dejé el castillo familiar. Contraje matrimonio con un conde, un hombre interesado en mis tierras. Ya tuve que ceder una parte de los campos aledaños a mis tierras de labranza, para ser arrendados a los campesinos. En general, las dehesas y los pastos comunitarios fueron cercados. El rol de esposa conducía a una absoluta secundaridad en las relaciones domésticas y en los asuntos

administrativos, solo las cuestiones fundamentales de la propiedad rural me eran consultadas. Mi lánguida firma y el sello de mi anillo bastaban para desposeerme de las tierras de mis ancestros.

En los veranos, con el buen tiempo –y una vez que se inició la larga guerra, a la que acudieron el conde y mi hijastro–, me gustaba recibir a predicadores heréticos, viejos ermitaños que habían dejado sus vidas solitarias y agazapadas en los valles salvajes, para lanzarse a recorrer los caminos y decir, entonces, las verdades divinas, fuera de los marcos de la doctrina eclesial. Los veranos eran hermosos momentos de encuentro: no solo apóstatas llegaban al villorrio, también muchos trovadores y trovadoras, además de mendigos y mendigas que huían de la autoridad del rey, que deseaban, ante todo, actuar como bufones y danzar felices todas las músicas con sus disfraces fantasiosos.

En verano se vivía el esplendor de mi feudo, el esplendor y, podría decir, una cierta libertad, la cual iba en aumento a favor de los pobres y los perseguidos. Mi consejero en las cosas de la política, un hombre mayor que estudió derecho en la Universidad de París, me decía con insistencia que debía poner atajo a "la obscenidad y el escándalo que todos los veranos se apropiaban de la pequeña villa". Los personajes populares que arribaban a las tierras feudales levantaban teatros improvisados y mostraban sus artes musicales y dramáticas, según el conocimiento local de cada grupo. En vez de autos sacramentales, las comedias tomaban su lugar.

La música no paraba de escucharse en todo el villorrio amurallado, colindante a las murallas más imponentes y fieras de mi castillo altivo, sede de mujeres fuertes; emplazamiento donde la piedra está subordinada a los colores de las pinturas que la recubren. Al igual que la música, la poesía era declamada con tanto fervor que llegaba a mi ventana y aquello me producía un estado de gran lucidez, podía pensar sobre mis preocupaciones de un modo sereno: deseaba seguir recibiendo extranjeros y marginales en la pequeña villa. Pero, ¿qué ocurriría cuando llegara de la guerra mi esposo con su hijo? Necesitaba un plan, alguna estratagema que me permitiera vivir con un pleno poder dentro de mi señorío. Quizá Roberta, otra prima, podría ser mi heredera. Quizá las doncellas y algunos cortesanos podrían testificar en contra del conde en un juicio de divorcio. Han pasado 4 años desde que se fue a la guerra.

La corte ducal estaba formada por doncellas muy interesadas en las artes, todas provenientes de grandes familias de la región. Por otro lado, también integraban la corte algunos caballeros, un teólogo, un consejero y mi confesor –aparte de trovadores, poetas y artistas en general. En los crudos inviernos, se prendía la chimenea del gran salón y las doncellas danzaban

con las músicas hermosas de los trovadores. Los poetas y las poetas declamaban y, también, se leía colectivamente grandes textos y tratados.

En mi vida privada, cuando estaba tranquila en el gabinete, escribía abundantemente, sobre todo poesía. Algunas poesías eran tan herejes, que las escribía en la lengua prístina, mi lenguaje enigmático que guardaba en el alma y en el baúl de mi gabinete. Así pasaban los días en medio de la inmensidad blanca, nada más ocurría de importante entre el feudo y las altas montañas de los Pirineos.

Basauro, un cisterciense apóstata que vivió en los bosques con el afán de aprender la magia de la naturaleza arribó a la feria que aquel verano, espontáneamente, se formó en el villorrio. Era alto, espigado y de hirsuta barba castaña. Él junto a su amada Loreto, una herborista nacida en Flandes, antigua monja clarisa de velo blanco, recorrían, pese a la prohibición y a la vigilancia, mi jardín hasta que nos encontramos frente a frente, entonces, me preguntaron si podían habitar dentro de los muros imponentes de mi castillo. Sonreí y le pregunté a mi doncella principal.

- ¿Qué piensa de esta solicitud, Roberta?
- Es un tipo de solicitud directa y franca, en ello no hay engaño, pero ¿cuál es el objetivo?
- ¿Usted de dónde proviene con su esposa? –pregunté también.
- Mi señora, somos de Castilla y ambos supimos de su fama y de la fama de su feudo. Doña Esther, la gran duquesa que ampara a los renegados. Le solicitamos vivir dentro de estas murallas, porque no queremos volver al peligro de los caminos y los bosques. Ambos somos apóstatas. Yo fui monje del Císter, pero tuve el deseo de experimentar una existencia fuera del clero y sus reglas, vivir libre para entender el mensaje de la naturaleza.
- Yo, mi señora, nunca fui holgazana. Desde pequeña tuve una educación en el arte de las plantas. Soy herborista, en tan solo este paseo ya he visto muchas plantas con propiedades médicas, muchas desconocidas para el común de la gente. Hechizos no me interesan, sino la sanación del alma, el alma y las letras me cautivan. También fui monja clarisa de velo blanco. Pero huí del monasterio, era demasiada la hipocresía y el descaro con relación al dinero.

- Pero, pueden vivir en el villorrio, no hay ningún problema en ello, esa pequeña villa también es parte de mi feudo. Mi feudo es muy amplio. Por ahora vayan a la hospedería del villorrio y duerman y coman allí, bajo mi protección.

Siempre los veranos constituían momentos distendidos: con Roberta cabalgábamos tranquilas, en conjunto con las otras doncellas, hacia el río. En el río de aguas estivales, cundían las aves acuáticas, tales como cisnes, patos silvestres y garzas. Entre risas, yo me sentaba en la orilla y ponía mis pies en el agua, era refrescante. Aquel verano Roberta hizo unos lindos dibujos de las crías de una garza, una madre preocupada por sus polluelos, que prontamente ya sabrían el nado y el obtener alimento. Ese dibujo todavía lo guardo. Lo guardo, sobre todo, en mi corazón.

En el villorrio se vivía una suerte de fiesta. La posadera y tabernera llamada Urraca, atraía con su famoso vino a los extranjeros y los exiliados. Después de hablar conmigo y Roberta, llegaron Loreto y Basauro. Se alimentaron de un sabroso guiso de gallina. Bebieron un poco de vino. Urraca les pasó unas amplias habitaciones, situadas cerca del patio, donde los dos podrían dormir en paz.

En una tarde decidí dar un paseo con Roberta por el villorrio. Salimos del castillo a pie, caminando por unos senderos que circundaban las murallas. Flores de varios colores estaban en el borde del camino. Hasta que hallamos la entrada principal de la villa. Apenas penetramos en la pequeña villa fue como si ingresábamos a un mundo paralelo: cantidad de gente diferente poblaba las calles y las casas. Parecían la fauna de un bosque, un bosque mágico y prometido. Tres escenarios se habían montado, en ellos las y los trovadores, las actrices y los actores, además, los poetas y las poetas realizaban sus actos para el numeroso público. También, existían variados puestos de pequeño comercio: se vendía fruta, vino, pan, estofados, entre otras cosas suculentas.

Nuestra presencia causaba asombro, nadie sabía que yo era la duquesa, sin embargo, se rumoreaba que pertenecíamos a la aristocracia. Algunos se acercaron para pedir una limosna. Yo estaba alucinada por la vida del pueblo: tan vociferante, tan auténtica, tan emancipada. Pero, me sentía paralizada: la sensación de no pertenecer, de no encajar era poderosa, como un abismo que se abría entre ellos y nosotras. De pronto, llegó Loreto.

- Me gustaría echar abajo todas las murallas y que fuésemos una unidad –dije casi automáticamente.
- Algún día seremos una misma cosa –replicó Loreto.
- Pero el ver al pueblo feliz me llena de goce y de gracia.

En el camino de vuelta, una vez que penetramos en la fortaleza, las sirvientas me hacían una reverencia. Era el poder lo que me producía, en mi interior, una inmensa contradicción, a pesar de que siempre tomaba acciones a favor de mis empleados del castillo y de los visitantes del villorrio. Entonces, imaginé que a todos los pobres de la villa les enseñaba la lengua prístina, que todos la conocerían y la hablarían, que conformarían una comunidad libre, sin grandes distinciones sociales: me veía a mí misma declamando mis poesías herejes, comiendo en la taberna, caminando por los campos emancipados, sin corte, sin séquito, solo Roberta y yo con los pensamientos volviendo a la inocencia, desprovistos de toda doctrina oficial, de toda ortodoxia censuradora. El villorrio sería el lugar de la abundancia, de la paz y del amor.

Roberta me pidió dar un paseo por mis jardines privados. Accedí de buena gana. En medio del paseo, nos separamos. En un recodo, quedé pasmada, extasiada, totalmente prendida al ver una rosa amarilla: ya había visto muchas rosas amarillas, pero esta me pareció tan hermosa, más hermosa que el cielo cuando se vuelve anaranjado, más hermosa que el mismo sol que brinda la luz en la primavera. Era una flor fuera de toda norma, que rompía las reglas elementales de la naturaleza.

Traté de tomarla, sin embargo, una espina se clavó en mi dedo índice; durante varios minutos observé la sangre y, casi al instante, tuve un dolor en el alma, una suerte de miedo profundo, atávico por pertenecer a las zonas más veladas de mi ser. Sentía una culpa enorme por mis actos políticos, mi pensamiento heterodoxo y mi secreto idiomático. Sentía un remordimiento agudo, como cuando una niña es descubierta en su primer beso y es reprendida por sus padres.

Recordé a mi madre y sus clases de la lengua oculta. Una vez me señaló, en estos mismos jardines, que si en algún momento estaba ante un peligro que dejara que la lengua muriera en mi interioridad, que más valía que se perdiera antes de que cayera en las manos del clero. Qué temores en mi espíritu produjo esa carga de poseer un secreto que iba más allá de lo legítimo: un arcano que ha atravesado siglos para venir a posarse en mi alma como algo interdicto, infame, escondido. Sin darme cuenta, la lengua prístina se transformó en un peso para mi vida, para mi mundo interior y para mi sociabilidad. Súbitamente, me di cuenta de que no andaba con las llaves de mi gabinete, las había dejado en mis aposentos.

Subí las escaleras raudamente. Le dije a Roberta que me acompañara, quien venía detrás de mí. Varias doncellas se unieron a la carrera, pues yo iba descompuesta. Entré a mi habitación y el gabinete estaba abierto con los papeles revueltos. Era el fin del sueño de un feudo para los

rechazados. Era el fin del proyecto de la libertad, de la equidad, del amor. Y el fin, sobre todo, de la lengua prístina: ella debía morir en mi ser.

Miré tristemente por la ventana. La luz del atardecer se filtraba por la ventana. Intenté observar más allá de las montañas y un pequeño grito salió de mi interior, elevándose junto al clamor de los soldados en los campos lejanos. Roberta pidió al resto de las doncellas que se retiraran. Yo estaba deshecha, mi cuerpo temblaba, mi habla reflejaba la angustia que se vivía en mis entrañas.

- Esther, ¿cuál es su secreto?
- Yo conozco la lengua prístina. Mi madre me la enseñó cuando era una niña. Todas las mujeres de esta casa ducal la han conocido.
- ¿La lengua prístina? Eso es muy delicado. Siempre la Iglesia la ha querido conocer. ¿Qué quieren decir todos estos papeles desordenados?
- Que, al dejar las llaves en mi habitación, mi confesor debe haber entrado y ha encontrado mis apuntes y escritos en lengua prístina.
- Pero, ¿por qué dudaron de ti? ¿Qué les hizo pensar que tú sabrías esa lengua? Además, pueden ser unos garabatos de cualquier cosa lo que sale en los papeles.
- Porque siempre se rumoreó que en Aquitania existía un feudo donde las mujeres sabían la lengua prístina. Y el resto lo averiguará la Santa Inquisición.
- ¿La Inquisición?

Alguien se acercó y tocó las puertas. Era el mayordomo, quien me anunció que había llegado el deán del colegio catedralicio. Le dije que iría pronto. Roberta estaba muy preocupada. La tomé de las manos. Estaba fría.

- Roberta, escucha y haga lo que le digo, porque así la vida nos volverá a juntar: vaya al villorrio y cuente la verdad a Urraca, Basauro y Loreto. Ellos, según mi percepción, son personas confiables y criteriosas. Así, saldrá del feudo y andará los caminos en buena compañía, hasta nuestro reencuentro. ¡Parta, Roberta!

Roberta, entre lágrimas, salió de la habitación. Cuando partió Roberta hubo un silencio inmenso en las habitaciones. Sentí el silencio y la soledad, solo a lo lejos los sonidos de la aves me permitían volver a la realidad. Para mí no era el momento de llorar. Me arreglé el peinado y bajé las escaleras de la torre. Entré al salón principal del castillo en el atardecer: no solo estaba el deán, sino una amplia y numerosa comitiva episcopal.

Me senté en mi hermosa silla ducal, con el dosel que cubría la parte de arriba y de atrás de mi asiento muy elegante. Al frente mío hallaba el obispo, el deán del colegio catedralicio, los canónigos de la catedral, mi confesor y mi teólogo, y además de otros teólogos y juristas. Afuera del castillo, se encontraban los carromatos de la Inquisición, con sus verdugos, sus frailes inquisidores y el inquisidor mayor.

Estaba rodeada, el miedo corroía mi mente, pero debía mostrarme segura frente a los representantes del clero. El obispo vestía como cardenal, lo que quería decir que ahora poseía ambas dignidades, por tanto, andaba totalmente de rojo. Esto me recordó la sangre de mi dedo mientras observaba la rosa amarilla. Eso ocurrió en la tarde, justo el día en que por vez primera acudí al villorrio. Un día que concluía de un modo inesperado: sola frente al poder eclesial.

- ¿Esta es la lengua prístina? –dijo el deán, mostrando un papel con unos signos inentendibles.
- Usted tiene fueros como duquesa, aunque hemos abierto un juicio sumario en su contra. La Inquisición se encuentra afuera. Actuará solo en caso de que usted no quiera cooperar –señaló un teólogo.
- Pues sí, yo conozco la lengua prístina.
- ¿La conoce en su totalidad? –preguntó el obispo con cierta desidia, mientras todos murmuraban impactados.
- La conozco como un pastor a su rebaño.
- ¿Tiene usted el descaro de decirlo así tan simplemente? –interrogó muy alterado un canónigo.
- Ella nunca se ha tomado en serio a la doctrina cristiana –señaló mi confesor.
- ¡Sin duda es una hereje! ¡La lengua prístina la debe usar con malos fines, con fines demoniacos! –gritó el inquisidor mayor que entraba al salón.
- Que no se diga nada más, llévenla a las mazmorras –decretó el obispo, de una manera afectada.

Dos soldados me tomaron y me llevaron a las mazmorras. Por suerte todo salía a mi favor. Yo sabía que había un modo de salir de allí. Una forma de escape que una vez escuché a mi padre señalar. Esperé a que los guardias se entretuvieran con las criadas, para entrar al túnel secreto. Era simple, bastaba oprimir un ladrillo de roca, situado en un recoveco de la celda, y el túnel se abría por medio de una mecánica. Y lo encontré. Y lo logré.

Un túnel angosto y húmedo me esperaba. Corrí durante media hora dentro de ese conducto de roca. Mientras corría, la gramática de la lengua prístina iba abandonando mi mente y mi alma. Ese conducto rocoso parecía ser un río de piedras que me conducía, abrupta y tercamente, hacia un estado de lucidez renovada: ya no había ni verbo ni palabra que pudiera recordar de la lengua prístina. Al fin, vi la luz de la superficie: salí del túnel y no quedaron rastros de ningún lenguaje secreto en mi mundo interior.

En medio del bosque, me di cuenta, al mirarme en una pequeña laguna, que mi rostro se volvió mágicamente azul, y por las noches, pálido, demacrado, como si tuviera cien años de muerta, con mis cabellos largos y dorados, como si les prendieran fuego. Me transfiguré. Me transformé. Ya se hizo la noche. Y me hundí, entonces, en la frondosa vegetación, buscando a los que serían mis nuevos compañeros de ruta: unicornios, hadas, hechiceras, faunos, todas y todos los seres que abundan en las alegorías. Porque, en suma, ya no era una mujer de este mundo: crucé un umbral enorme. Ahora pertenecía al bosque y sus habitantes. Solo una palabra de la lengua prístina quedó en mi ser: una palabra temida por los carceleros de la humanidad; la palabra *libertad*.